



MONTE FURADO.

Las generaciones son tan vanas y tan ingratas como los individuos. La juventud desdeña la prudencia de la ancianidad y la llama cobardía para no tomarse el trabajo de venerarla; ó quizá por no reconocer su irreflexiva ligereza; el talento precoz se rie de la sabiduría consumada para no rendirla culto, ó tal vez por encubrir lo muchísimo que ignora. Muy poco ó nada valen para nuestros doctores, y nuestros poetas, y nuestros políticos, y nuestros artistas, Alfonso X, que no era individuo de ninguna academia; Macías, que no ha escrito sino muy desaliñados versos; Saavedra Fajardo, que no entendía nada de eso que ahora se llama equilibrio de poderes, y el escultor Castro, que solo se ha ocupado en hacer figuras de retablo é imágenes de pórticos de iglesias.

Esa justicia incompleta, por no decir hipócrita, que el hombre de hoy rinde al hombre de ayer, que el génio que vive en el corazón de sus contemporáneos tributa al génio que vive en la memoria de la historia, es la misma que los siglos presentes hacen á los pasados siglos, justicia mezquina y mutilada porque la envidia la achica, porque los celos la empequeñecen. Tan débil es nuestro ser, que hasta el polvo de las tumbas nos embaraza en nuestro camino.

Orgullosos los que hemos alcanzado esta primera mitad del siglo XIX, con nuestro vapor y nuestra electricidad, con nuestra química y nuestra mecánica, con nuestros principios sociales y nuestros dogmas morales; no nos acordamos que sin haber conocido Arquímedes la descomposición de la luz, quemó desde su gabinete las naves de los romanos; no nos acordamos que sin tener Colón un *steamer de helise* descubrió un mundo sobre un barquichuelo que en la actualidad no serviría para cruzar el canal de la Mancha; no nos acordamos que sin haber alcanzado las infinitas alcaciones de los metales, las combinaciones armónicas del sonido, los prodigiosos efectos de la maquinaria, los antiguos construyeron la estatua de Memnon que saludaba al sol al ser herida por sus rayos; no nos acordamos que Sócrates sin haber leído el evangelio, predicó la unidad de Dios y la fraternidad de la especie humana.

Ahí tenemos á Inglaterra que hiende el Támesis por bajo de su alveo, y todos se apresuran á ensalzar el prodigio y la grandeza de las artes modernas, la perseverante insistencia de la nación atrevida que gasta sus años, que consume la inteligencia de sus ingenieros y el caudal de sus capitalistas en la obra colosal del Tunnel; y mientras tanto otras obras realizadas sin el auxilio de la polvera y de las cábricas complicadas, sin las nociones exactas de la hidráulica, sin el concurso de las corporaciones científicas, sin el aliciente de los soberbios premios yacen olvidadas hasta de la memoria del viajero, hasta de la paleta del pintor, hasta de los apuntes del curioso.

El monte Furado pertenece á una de estas obras que semejantes á ciertos manuscritos perdidos en el polvo de las bibliotecas y conocidos únicamente de unos cuantos bibliógrafos, solo le conocen, solo le contemplan y le admiran los que han tenido no sé si la fortuna ó la desdicha de nacer y de habitar en ese despreciado rincón de la España occidental. en esa oscura Galicia cubierta para el resto de la península entre la bruma de sus colinas y la indolencia de sus humildes y descuidados moradores.

El monte Furado, así llamado en el dialecto gallego, que quiere decir *monte horadado*, se halla en el confluente de la provincia de Lugo, partido judicial de Quiroga en un fértil y risueño vallecito, rodeado de altas montañas que atraviesan diferentes caminos que conducen al interior de la provincia, la limitrofe de Orense. Este montecito ó loma, que es la continuación en su descenso de la cordillera que se extiende á sus costados, está atravesado de Oriente á Poniente por un ancho y elevado canal abierto en la peña viva, que da paso al célebre y caudaloso río Sil. No hay inscripción alguna en sus paredes, ni una página en los anales del país que demuestren quienes fueron los autores de esta atrevida ejecución ni la época en que se llevó á cabo; pero la tradición que es la palabra hablada haciendo las veces de la palabra escrita; varias monedas halladas en sus cercanías, que son para la historia social del mundo lo que para la física los restos antediluvianos y otras construcciones inmediatas, como el puente sobre el río Vivei y el camino conocido con el nombre de losodos de Larosa, acreditan que á los romanos corresponde la gloria de este monumento, y al emperador Trajano el lauro de haberlo decretado. Los mismos antecedentes inducen á creer que los trabajos para su ejecución tuvieron lugar cuando se hallaba acantonada en aquel territorio la 11.^a legión, de donde tomó sin duda nombre un pueblecito que llaman *Castro de Seaxmil*, y mas comunmente *Seaxmil*.

La mejor explotación del oro en laminillas y granos que entre sus arenas arrastra el Sil, el propósito de economizar un puente de largas dimensiones y la adquisición de fértiles terrenos conseguida con el cambio del alveo del río, son en nuestro concepto las causas á que se ha debido la construcción soberbia de que nos estamos ocupando. Es menester reconocerla minuciosamente y en sus mas pequeños detalles para formarse una idea aproximada de lo prodigioso y gigantesco de la obra. El asombro del observador crece á medida que contempla las inmensas moles de granito que hubo que reducir á polvo sin otros agentes que algunos instrumentos de la simplicidad ó sencillez de la palanca.

Tres cosas son principalmente las que deben admirarse en el monte Furado. La primera las grandes represas, cuyos vestigios se conservan
23 DE MAYO DE 1851.

van, hechas para contener el desbordamiento de las aguas y facilitar los trabajos sucesivos: la segunda el canal ó alveo de 3200 pies de longitud, 70 de latitud y 30 de profundidad, abierto en las rocas para conducir las aguas al pie del monte, y tercera el estanque llamado la pesquera formado para recibir las aguas á la salida del mencionado monte por la parte que mira al poniente, este estanque tiene desde la boca del tunell á la orilla sobre 1,000 pies, por 1,200 de anchura. El monte medido desde una á otra boca por la parte exterior, da un resultado de 1700 pies superficiales, y la bóveda ó galería una tercera parte. La altura de esta medida en los meses de verano desde la flor de agua es de 30 á 40, y desde esta al fondo de 30 á 70, segun está mas ó menos atascado el canal por el arrastre continuo de las arenas. En dicha época del año se ve un botabanco ó cornisa de dos pies de anchura que corre á lo largo de la bóveda por ambos costados, en los que se encuentran cinco puertas dos en el uno, y tres en el otro, que daban paso á otras tantas galerías subterráneas, que al presente se hallan atascadas á escepcion de dos, cuyas salidas reonocen los prácticos á larga distancia del rio, sin que puedan determinarse los usos para que fueran construidas, á no ser para evitar en las grandes avenidas el retroceso del rio á su antigua madre, como sucede al presente, á pesar de que es muy raro el año en que las aguas den la vuelta completa.

Estas inundaciones, manantial perenne de fecundidad para las tierras son sumamente pintorescas por la perspectiva que presentan y dan al paisaje una semejanza aunque en miniatura con las del Nilo.

Las producciones del valle están reducidas á vino, aceite, deliciosas frutas y castañas. Las rocas de que se halla sembrado el terreno son calcáreas de granito y de diversas especies de pizarras.

Corona una de las crestas del monte un fuerte de construccion no muy antigua. En nuestra guerra peninsular, sirvió de asilo y de punto de defensa á los que trocaban de la noche á la mañana la azada por el fusil; hoy solo sirve como punto de meditacion y de descanso á cuantos cruzan los valles de Quiroga para contemplar el magnífico espectáculo del monte Furado.

Madrid Mayo de 1831.

J. R. FIGUEROA.

EL COMICO DE LA LEGUA.

Ninguna comedia hay que sea tan presente tan al vivo lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes.

Cervantes.

Cuenta la historia de un célebre alfarero, que habiendo puesto todo su abito en hacer un cántaro como un pino de oro se halló al fin de su tarea, que fué larga y prolija, con un puchero como una rosa de mayo. Tan cierto es, segun dice el proverbio, que el hombre pone y Dios dispone.

Tambien Horacio que aparte de su gravedad didáctica era un tanto zumboncello y maleante, pregunta á sus amigos si podrian contener la risa al contemplar la ridicula pintura de una mujer hermosa de medio cuerpo arriba y que acabase en pez.

Y la fábula en malignas alegorias, ya se burla del parto de los montes, famoso por su intencion taimada, ya envia á las ranas un rey de palo, enseñándoles la resignacion á su buena ó mala fortuna, ya se divierte en romper el cántaro de una pobre lechera, dando al diablo sus ilusiones y esperanzas locas.

Es pues, cosa rancia y apollillada esa de representar en derrota á los cálculos humanos delante de la voluntad divina: y nosotros, rutinarios que somos, si bien con menos malicia, vamos á añadir sobre el asunto un caso mas con nuestro natural candor. No sino que este caso es mas triste, porque en verdad sea dicho, ni alfarero, ni pintor, ni montes, ni ranas, ni lechera, ninguno de los nacidos debe sentir tan agudo dolor al ver malogrados sus deseos como la madre que crió á su hijo para oficio ó para beneficio, ¡pero, ay! ni por leve asomo para cómico de la legua. Digasenos ahora, si esto no es aun mas triste que labrar un cántaro á duras penas y hallarse con un puchero.

Lo corriente es que en la aldea el hijo del boticario herede su honrada profesion: el sobrino del cura, la capellanía de su tio, que Dios haya, y que en un órden lógico de sucesion interminable, asi como el naranjo siempre brota naranjas, y siempre bellotas el alcornoque, de un barbero nazca un barberito, un sastrecillo de un sastre, y de un labrador un labradorcillo. Sucede á las veces es cierto que un carpintero verbigracia lleva su ambicion desmesurada hasta el extremo, siempre inmoral, de elevar al hijo de sus entrañas al egregio rango de

dómine, y el que zapatero Anton Pelaez se descompone hasta el punto de hacer escribano á su travieso primogénito con un dinero, que segun todos, fué ganado malamente, lo cual ninguno prueba sin embargo, porque seria murmurar. Pero esta asombrosa peripetia se logra ó no se logra, y en el primer caso como es lance que al fin y al cabo se comprende en la escala vulgar de las clases y las fortunas, acontece, se murmura de él al principio, y á la postre se deja en paz de todo punto. En las grandes ciudades la ambicion se dilata por otras vias, mayormente desde que las revueltas politicas han dado escandalosos ejemplares: asi que, vendedores hay en la plaza pública cuyos pulmones se ejercitan no menos por dar salida á sus efectos que por si han de lucirse en cortes, andando el tiempo: y no hay madre, pobre ó rica, de casa humilde ó solariega, que al mecer al dulce fruto de sus amores en la cuna no le pasee en alegre quimera por las mas encumbradas crestas del poder. ¡Partos de montes! ¡Reyes de palo! ¡Vanias fantasías sobre una gota de leche!

Mas volviendo á nuestro caso, note el lector que á pesar del loco extravío de las ambiciones de familia, tanto en las aldeas como en las ciudades, jamás hemos visto que juegue en la ilusion de los sueños maternales ese destino duro, férreo, escéntrico, heteróclito y desorientado de cómico de la legua.

¡Ni qué honrada madre pudiera desear á su hijo semejante asendeamiento! ¡Con qué corazon habia de presenciar que aquel pedazo de su alma se estrangulaba en el foro! ¡Cómo ver hinchadas las venas de su cuello, jaspeada su frente cárdena, y dislocados sus miembros por la violencia y completo desvario de sus ademanos! ¡Cómo verlo de tierno y apacible trocado en fiero y desatentado energúmeno! Y sobre todo, con qué ojos llorar la ingratitud de un público ignorante que silvase horriblemente tan desesperados esfuerzos.

¡Oh! ¡que ástro tan pésimo de familia aquel que rompa el verde estambre, alegremente tejido de sus esperanzas! Aunque si bien se medita, no deja de alcanzársenos que este picaro ástro de los comediantes acude á todos los deseos, y aun los cumple colmadamente, ¡porque si se trata de una tierna criatura que hicieren en sueños el padre general, la madre consejero y el abuelo ministro, qué mayor complacencia y benignidad puede concebirse de parte del destino, que hacerlo á virtud de cómico de la legua, en el breve plazo de una semana no mas, general, consejero, ministro y aun hasta rey y emperador? Esto, aunque á alguno parezca una irrision cruel, es mas bien en nuestro sentir una transaccion dulcísima del hado, que si como no es cabal lo fuera, nada habria de mas lisonjero y apetecido en este mundo: pero como el ojo perspicaz se apercebe á veces de que el general va vestido de sargento á poca tal, el antiguo consejero de mancebo averiado y sin consejo, de portero el ministro, y de pobre y roto talco el rey y el emperador, la ilusion no es acaso tan completa como una madre de buena fé desearia para su hijo: culpa tambien de esos picaros directores de escena que pienso yo que asientan como por burla á un rey de carne y hueso sobre un retablo de figuras de nacimiento, y al mas apuesto emperador de la tierra, y á su corte en frágiles, equívocos y abigarrados salones. Por lo demas, nadie me arguya con que todo lo susodicho es humo y mera farsa, porque eso y no otra cosa son todas las de esta vida; luego es débil el argumento.

Lo que en todo caso conviene para evitar dudas, es apresurar el teatro de la legua á su reforma, y no nos anden para ello con sutilezas y argucias metafísicas: que el telon sea telon, no sábana pintarrajeada, ni colcha camera; no sean las bambalinas como harapos en feria, ni nos den gato por liebre, ni caldera por tornavoz: pruébese á enderezar la linea de los bastidores, y cada cual de ellos confirme lo que el otro diga, que es sobrado notoria la incoherencia de una decoracion que debiendo de ser de casa pobre, aqui enseña un ciprés, allá una columna gótica y en lontananza la cúpula de una torre: con esto y con hacer que las candilejas no se apaguen á la mitad de la fiesta, y que el entablamiento sea plano y firme para no dar de narices en lo mas patético de la jornada, se acrecentará la verosimilitud de la comedia, y el cómico será asombro de toda aldea y villa próxima y lejana.

Otra observacion se nos viene á las mentes como por via de posdata, y es la de que los bancos de asiento para el público se afiancen tenazmente al suelo, y no estén sueltos ni cojos; pues de resultados de esto acontece que mas de un hombre rándidamente gordo, asentado á la una punta de su banco, levanta al aire en la otra á un débil mortal, que jamás logra recobrar su natural compostura, por mas que estire las piernas como ginete que perdió el estribo.

Y una vez concertada la racionalidad, digámoslo así, del espectáculo, nada tema el cómico de la legua en la parte que toca á la humildad de su oficio; pues si él sale á divertir con sus representaciones portátiles á una ó muchas leguas de la corte, mojando el pan duro en los arroyos del camino, como el desventurado Melchor Zapata, y vestida la espalda con el cartel de su fiesta pascual, hay de no menos misera condicion que él, y con mayor escándalo, en el pináculo de la corte, famosos personajes á quienes por su escaso merecimiento, de-

biéramos decir, siendo ministros, generales, diputados, periodistas ó poetas, ministros, generales, diputados, periodistas y poetas de la legua.

No, sino hazte de miel y comerante las moscas: désele á cada uno lo que es suyo, y á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, y si los cómicos son malos ténganse norabuena por legiones de endriagos y arremeta á ellos don Quijote con su natural pujanza, mas no por eso dejen los otros de ser vilipendiados de la misma manera por su ruindad, cuando sean ruines en su profesion, y si son poetas tanto peor para ellos, que entonces así les estará bien nuestro sentencioso dicho de poetas intonso, zarramplines y de la legua como el de Quevedo de poetas huecos, chirles y ehenes, y propósito de malos cómicos y de peores poetas, emplazamos á nuestro lector para un poco mas tarde, en el discurso de nuestro artículo, que no es cosa santa que paguen justos por pecadores, y que carguen por ende los primeros con culpas y pecados de los segundos.

El verdadero cómico de la legua tiene una posicion particular y precisa en la historia del teatro: no hay pues hacerlo acá ni allá por favor ó disfavor: cepos quedos y cada mochuelo en su olivo y Dios en el de todos.

Sepa el cómico de la legua lo que deba saber, é ignore lo que deba ignorar, siendo lo que ha sido, y nadie hurlé á nadie que es peor meñallo. Y para la verdadera inteligencia de esto que queremos decir y para que se conozca que no es tan seca y malencónica la ciencia de los tales comediantes, así como que su ignorancia no es tanta como se supone, diremos algo de la una y de la otra, empezando por lo que ha de saber que son nada menos que artes, oficios, lenguas, ciencias mayores y otras poquedades.

De las bellas artes debe el buen cómico de la legua, bueno y esquisito en alta manera, entender nada mas que la música, la pintura y la poesia, en esta forma:

Un poco como de música que le servirá para llamar á la puerta de su posada á son de guitarra y de cantilena á los jóvenes alegres del lugar, y esto le interesa cual Dios lo sabe. Asimismo no es mala salisilla en los sainetes una copla mediantemente zurcida.

Un si es no es de poesia con cuyo auxilio pedirá la venia para sus representaciones extraordinarias al alcalde ó á la alcaldesa y moverá el corazón del público en los beneficios, así como el de los particulares en las funciones dedicadas.

Un tanto cuanto de pintura, de que podrá sacar gran partido, así para el asombro que deben causar sus estupendos carteles pintarrajeados con famosas batallas, como para la confeccion de los colores de la cara y para ocurrir á toda falta y averia que acontezca en el servicio de las decoraciones. Y aquí apuntaremos de paso que no importa un ardite que los carteles no se avengan con la comedia del día, ni el título con la comedia, ni nada con ninguna cosa, porque como dijo el otro, allá se las avengan.

Y en lo que atañe á las artes mecánicas y oficios, mal año para el buen cómico de la legua que no sepa trazar é hilbanar un jubonico, unos gregüescos, una dalmática, ó lo que mas á mano le viniere, lo cual quiere decir en buen romance que sea consumado sastre. Pues de no serlo, jamás podrá metamorfosear hasta el infinito un mismo traje, ni dar á luz un raro invento sartorio que redunda en su fama.

Ni estará demas en él una cierta media tinta de cocinero que raye hasta adelinar una ensalada de no mal sabor y freir un par de huevos en aceite ó manteca de cerdo, que es todo igual, en caso de un apuro y negro abandono.

Tenga sus ínfulas de carpintero, y sus puntas de albañil, que no todas veces hay pájaros en el nido y se puede pagar al artesano su trabajo: cuanto mas que para bien hecho y barato cada uno se entiende y trasteja de noche.

Sea tan peluquero como dos y tres son ocho.

Y en materia de hablar lenguas, lo primero de que debe apercibirse el sábio y circunspecto cómico de la legua, es de que en general las lenguas suelen ser unos pedazos de carne sin hueso, ágiles, móviles y rematados en punta que tenemos los animales en la boca; adquirida una vez esta rara y peregrina idea, moverá la lengua de su boca en todas vias y maneras, recorriendo mas suelto que un papagayo cuantos idiomas sean precisos á su profesion, que á buen juicio de peritos son estos:

De el español, su idioma patrio, no estudie nada; pues harto lo sabe con haberlo aprendido de la madre que lo parió y del uso y aporreamiento de toda su vida.

No así el latín, del cual para la representacion de estudiantes, abates, médicos y doctores, necesita como del comer: sin embargo, hay que notar: y es que el latín es una lengua muerta y por tanto el aprender de unas cuantas frases sobren vivientes obra de pocos dias. Por otra parte, ¿quién no sabe, y sirva de ejemplo, que *Deum de Deo* quiere decir, dé donde diere, y *omnia mea mecum porto* ¿yo no me porto menos?

Por la misma razon dada para el latín debe aprender el italiano pero este es mas fácil, pues segun Quevedo con decir *ingenuos citela, signos si, corpo dil mondo*, y saber el refrán de *pian pian si fa loutan*, y pronunciando la *che ce* y la *ce che* está sabida la lengua.

La francesa tambien es llana como la palma de la mano: pues aunque dan los de Francia en la flor de escribirla de un mudo y pronunciarla de otro, esa es una puerilidad francesa de que no deben hacer caso las personas graves; pronúnciela, pues, el cómico de la legua como mejor le avenga sin imprimir el verdadero acento á sus chapurrados: pero teniendo siempre cuidado de hacer cuantos visages y gesticulaciones pueda, pues en esto consiste el quid y en que la voz sea triple, y el francés cale descomunales anteojos; con esto y con la ayuda de Dios y un tragicico, puntiagudo, parecerá mas francés que el mismo *Paul de Kock* en cuerpo y en ánima.

Finalmente, el cómico de la legua necesita de una lengua universal. ¿Y cuál deberá ser esta? ¿La latina? es lengua muerta; y á muertos y á idos, lo que dice el refrán. ¿La francesa? lengua es esta de exageradas pretensiones y es preciso salirle al paso. ¿La española? ¿la malaya? no son suficientemente conocidas. Ninguna, pues, mejor que el gitano, lengua antiquísima y eminentemente popular que así se estima y entiende entre los hampones de París y los gerifaltes del Lavapiés como entre los zingaros de Venecia y los bailadores del Perchel y Málaga.

La profesion del cómico de la legua es andante no menos que la de don Quijote y tan temeraria y llena de peligrosas aventuras. Y eh ahí por ende conviene al cómico para el evento de una fuga, de un disfraz de una emigracion tener fácil y andadero ese ancho canal que ciñe y rodea buena parte del mundo. Sepa pues la gerigonza germánica, como dos y tres son cinco, que no ocho.

¿Y quién dudará despues de todo lo dicho que no es muy importante y merecedora de las mas altas alabanzas y respeto una profesion que requiere y encierra en si tal suma de artes liberales, de artes mecánicas, de zarandajas, de conocimientos lingüales, y lo que es mas de ciencias, que como salta á los ojos cualquiera de ellas bastaría á la vida del hombre mas duradero? porque dejando aparte que un cómico de la legua debe ser artesano y artista y tracista y hombre de lenguas, necesita ademas profundizar en las matemáticas, especialmente en la aritmética, especialmente en los quebrados y decimales, sin los cuales jamás podría dividir hasta el infinito la unidad de un real efectivo entre los numerosos acreedores que vendrán sobre él todos juntos como sobre el perro los palos; y aquí entra el saber un poco de los principios de justicia distributiva.

Necesita ademas de ser gran topógrafo y estadista y economista para conocer la posicion respectiva de los lugares, sus distancias y caminos, sus censos y productos, y el precio de ellos, el aumento y disminucion de su riqueza, y el estado en que se encuentran el día y hora de su famoso arribo, á causa de que si no atisba, calcula, escatima y abunda en la combinacion exacta é ingeniosa, minima y microscópica de todas estas noticias, por la falta de cualquiera de ellas le sobrevendrán graves daños, pues quien la sabe las tañe, y cual el año tal el jarro, y si el año es bueno ande el hombre á trote por ganar su capote y la gaita por el lugar.

Otro si: como hombre científico deberá ser el cómico de la legua grande observador de los instintos, aficiones y costumbres del lugar adonde yaza, pues voto á los aheños de Dios, que si se chancea con las cosas santas en mala sazón, se ha de mesar las barbas en una cárcel: así como si rebuzna, á imitacion del mal parado Sancho Panza en donde lo tomen por burla y alusion le molestarán á coques; que esto del rebuznar tiene mucho que entender, pues segun el refrán, bien sabe el asno en cuya casa rebuzna, y tal hay poeta sevillano que ha hecho gracia con un rebuzno.

Pero no es ciencia que digamos esta del estudio de las costumbres, sino en cuanto está contenida en la del trato del mundo, que es ciencia y muy árdua, y que debe poseer el cómico de la legua en el mas alto grado.

Por eso lo que verdaderamente sellará todos sus conocimientos y que de arriba abajo debe rodearle y ceñirle es una sombra suave de filosofia: no en cualquiera de sus sistemas exclusivos, que mal podrá ser buen cómico si no es desimpresionado, acomodaticio y flexible de naturaleza, antes bien en cada uno de ellos y en todos á la vez. De tal modo que en la abstencion melancólica de la carne y en el comer, tan solo de las legumbres campestres sea pitagórico: peripatético en el negar deberes, deudas y acreedores: estoico en el sufrir los tragos amargos de la desdicha: epicúreo en el apurar los dulces tragos del Valdepeñas: un tanto cuanto adepto á la comunión de bienes de *Fourrier* y muy versado y entendido sobre todo en la quinta esencia de la filosofia cristiana que enseña al fia y al cabo la resignacion y paz de alma en las caídas y recaídas del mundo.

Esto así, veamos cuáles son los puntos del saber artístico que debe ignorar el buen cómico de la legua, y nadie se nos venga, despues

de todo lo dicho, motejando de ignorante esta sabia profesion, por hacer el contrapunto á nuestro discurso, que mas á las veces conviene la ignorancia que la ciencia, y no tanto está el mal en la primera como en la segunda, y ahí está como quien dice nuestro padre Adán, que no nos dejará mentir, pues sucede á veces que por el afán loco de aprender tropieza el hombre, á semejanza de Adán, con la ciencia de las desventuras, así como por esquivar el gallo la tierra se hiere con un cuchillo.

No sepa pues, nuestro cómico pizca de historia, ni distinga épocas, costumbres ni trages. Tanto monta que el rey Rodrigo lleve bata y chambergo á la batalla de Guadalete, como que el moro Tarif vista de frac en el pavoroso trance.

No observe ni conozca, so pena de ser buen cómico, á la naturaleza en su verdad, al sentimiento en sus asilos recónditos, ni á las pasiones viles, ni á las nobles en sus generosos arranques. Por consecuencia trueque, retuerza, ataraze y despachurre á mansalva y como loco cuantos tipos de imitación le ofrezca el poeta por negros de sus pecados.

Ni se recele siquiera que existe la prosodia castellana. Ladre, brame, ruja, grazne ó rebuzne sin piedad, pues andando el tiempo y las representaciones y los desentonos de la voz del cómico, ocurrirán superbas, y celeberrimas combinaciones. Ladre sino el cómico en una comedia contemporánea, haciendo el papel de periodista, y nadie le podrá tachar de sandio y alma buena, que es sobrado malicioso la coincidencia. Ni aun se avendrá mal con la verdad, si grazna como un buitre representando á un ministro, á un guarda-sellos, á un escribano, ó á alguno de esta ralea, que buitres son todos, y carnívoros ademas, lo cual es probado.

Y á este tenor ignore y no toque como á fruta de árbol prohibido todos los altos puntos del arte cómico que se entrarían duramente por sus venas, causando grave daño en lo mas sensible de su corazon: porque en verdad, en verdad, ¡qué cosa mas triste, qué profesion mas trabajosa y dura que la de aquel que se entra por el alma del malvado, y allí, en aquel lugar inmundo, se asienta á espacio y sereno como en su propia casa, y remueve el fango y el hedor de los secretos mas intimos del hombre? Cua es avaro, cual asesino, tal se solaza alegremente en el lecho de la mujer adúltera, aquel roba el oro del huérfano, el otro la honra de la casta virgen, y hay á veces alguno tan afamado en el crimen que reúne en su pecho todas estas maldades justas y aun se abre brecha para las demas. El desdichado cómico va y llega y penetra á lo profundo, se hace uno mismo con su héroe, y como el ave fénix, renace de sus cenizas para morir nuevamente y volver á vivir y a morir, hoy sacron en un cadalso, si ayer rey, y en un trono.

Y si la simple vida del hombre que no anda mas que un camino ni sufre mas que una muerte es tan colmada de miserias y lágrimas, ¿cuál no será la del sin ventura que vive esta doble vida del teatro y del mundo, revolviéndose en todas vias y maneras y prendiendo siempre del hilo, suelto al aire, de su agitado y desgarrado espíritu, tantos varios pensamientos, tantos dolores verdaderos y fingidos propios y ajenos, y todo el sinnúmero de instintos y sentimientos naturales provocados, nutridos y en alarma y confusion dentro del alborotado pecho?

El que anoche fué rey, le gritará su verdadera ambicion, ¿por qué no lo ha de ser á la mañana? ¿Qué se ha hecho mi servidumbre? ¿Dónde están mis cortesanos? y aquí en el suspiro que exhale el desdichado cómico irán envueltos pedazos de sus miserias entrañas.

¿Si ama y es dichoso, á qué enturbias la fuente de su alegría, historias tristes de los amantes sin ventura que os arrancásteis la vida en vuestra desesperacion?

¿Si es desdichado y son sus amores sin esperanza, á qué venís, galanes de la corte de Felipe IV con la airosa pluma de vuestros sombreros, y vuestra espada á la cintura, á causar envidia y mortal desconsuelo en su corazon?

Y si adocinado por el egoismo del público, que jamás penetra hasta estos crueles sacrificios ni los estima, llega el cómico á no creer ni en la figura que representa, ni en sí mismo, ni en nada ¡qué nada tan espantosa!

Y si su sensibilidad jamás se agota y siempre se compara, se escita, y se sacrifica ¡qué luchas! ¡qué batallas!

Y de todas maneras ¡qué estrella la suya! ¡qué destino tan desdichado!

¡Tate! ¡tate! ¡mi buen comiquillo de la legua: ni disminuyas tu sombrerón puesto de medió lado, ni afeites tu espesa y negra barba, ni abandones tu apostura traviesa y desvergonzada: no subas á la montaña que soplan por la cumbre desencadenados los vientos: aquí en la llanura alza tu tablado, tus mantas cuelga, enciende tus candelijas y tal para cual recitanos un entremés de los de aquel poeta que segun Quvedo compuso novecientos un sonetos á las piernas de su dama, y doce redondillas; y una comedia titulada *el arca de Noé*, que á no hacerse toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y javalies, como

fábulas de Esopo, hubiera asombrado al mundo en su representacion.

Y este es el momento ya de cumplir á nuestro lector la promesa arriba hecha de sostener á los cómicos contra los poetas, que no es justo, como dijimos entonces, que carguen los primeros con culpas y pecados de los segundos.

Desde luego la primera injuria que se ha hecho á nuestros antiguos cómicos es la de confundirlos irrazonablemente con los arlequines, mimos y pantomimos, como si no fuera uno el arte innoble del que danza, cargado de cascabeles en la cuerda floja, y otro, de muy distinta estimacion y concedencia, el arte nobilísimo del que nos enamora de la virtud ciñéndola de resplandores, y nos desencanta de los vicios sacándolos á la vergüenza pública. Es cierto que en un principio nuestro teatro careció de esta intencion, y que en la infancia de ambos oficios bien pudo ser como fué en verdad que anduvieran juntos algunas veces: pero esta falta de distincion, que fué mortal para el arte cómico, debe de apuntarse en la critica contemporánea, dado que es una de las razones para las cuales se dedicaron pocos y con suceso mezquino á un ejercicio torpe é ignominioso en aquellos malhadados tiempos.

El poeta dramático y el cómico datan entre nosotros de una misma fecha hasta el punto de ser una misma cosa y persona. Así que el autor mismo de una loa compuesta á una solemnidad del año ó á una ocasion famosa se levantaba del suelo como cosa de cuatro palmos sobre un aparato misero de tablas y mantas viejas, á la intemperie, sin mas sombra que la de sus estupendas barbas y cabelleras parecidas á vellon de carnero viejo. La misma suerte corrian los sainetes, zarzuelas, entremeses y romances que estaban llenos de rudeza y simplicidad, hasta que Lope de Rueda Naharro, dice Cervantes, elevó algún tanto mas el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y baules: sacó la música que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público, quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representáran á curenia rasa, é inventó ademas tramoyas, nubes, relámpagos, desafíos y batallas.

Desde aquí en adelante comenzaron á separarse los cómicos y los poetas: murieron Lope de Rueda, Juan de la Encina y Juan de Timoneda, dejando en legado á unos el arte de hacer comedias, y á otros el de representarlas. El poeta afilió desde entonces al cómico sin piedad: unas veces le hacia sandio pastor que enamoraba á su pastora en lo mas espeso del bosque, con largas distinciones escolásticas, ya metafísicas, ya teológicas: otras fatigaba su memoria con imperitinentes glosas y semiternos soliloquios sobre los misterios de la santa religion, y en perpétuo trasiego con los ángeles y los demonios, ya le hacia llevar al pobre cómico la veste cándida y las alas de oro para decir tontunas angelicales, ya le exornaba con retorcidos cuernos y velludo rabo para recitar infernales desatinos.

De juro el arte cómico, desencaminado y fuera de todo carril con tales embelecios inverosímiles, no pudiendo hallar su norma en la naturaleza de donde iba tan lejos la poesia dramática, sin darse punto de reposo en su tarea, que fué inmensa, jamás adelantó palmo, ni siquiera pulgada, en su carrera.

Y ¿quién hay que dude que el culteranismo de los siglos XVII y XVIII dió mucho que estudiar á los cómicos, y poco que aprender? Ni cómo de otra suerte donde el desdichado cómico se vea en el grave conflicto de representar las mas veces el papel de una abstraccion metafísica, una planta, un animal, un ástro, una nacion, como si fueran personas al uso y modo de todas las que oímos y vemos por el mundo. ¿Quién, verbigracia, figurará con propiedad en el teatro, siendo hombre, á la luz? ¿quién á la sombra? Díganos por su vida el mejor cómico del mundo de qué modo perfilará su individuo de carne y hueso para representarnos con alguna verdad *al aire, al agua, al fuego* ó *á la tierra*? Pues montas si es de la *nada* el papel que ha de recitar, que entonces ya puede echarlo á doce y aunque nunca se venda. ¿Cuáles son los rasgos especiales de la nada? ¿cómo tiene el rostro? ¿qué trage debe vestir? ¿puede ser de algun modo la nada? ¿y si no puede ser de ningún modo, por qué su ser es el no ser, cómo se hará representable por el arte cómico, ni aun por el nigromántico, aun cuando fuese el mismo D. Enrique de Villena, que tambien escribió autos sacramentales?

Por nuestra parte aseguramos con todas las veras de nuestro cándido corazon, que así intentaríamos semejantes cosas como por los cerros de Ubeda, si bien se nos ocurre una imaginacion que no es grano de anís para orillar el caso: y es que á la manera que entre los antiguos griegos y romanos sucedia estar uno que se ponia delante encargado de la parte pantomímica, y otro que se colocaba detrás, encargado de la parte oral, para la representacion de un mismo personaje, partiéndose así el trabajo entre los dos, y concertándose el uno con el otro, del mismo modo en la ejecucion de nuestras loas y autos podia una criatura de voz humana apostarse boniticamente detrás de un poco de agua ó de fuego, y desde allí, guarecido de su geroglífico, asestar á

la divertida asamblea todo lo que le viniese á cuento. Mas ni aun así quedarían vencidas todas las dificultades, pues ocurriría muchas veces que el sugeto sería *el entendimiento*, *el furor*, *la lascivia* ó alguna otra idea abstracta, y entonces no sería fácil aprontar, en forma de geroglífico, un poco de entendimiento, de furor ó de lascivia que poner delante del cómico para colocarle á él detrás; pero aquí de nuestro ingenio que es perro viejo, y nadie crea que esto es burlarse. Trátase de que hable y obre el entendimiento como si fuese tal hombre, y para eso debe salir en forma humana: no**abuena**; en el momento mismo brotará del centro de la tierra un cuadrángulo negro de madera como de vara y media de largo y media de ancho, que diga en

grandes letras blancas: *el entendimiento*; y colocado detrás el oráculo dirá todo lo que deba decir, ni mas ni menos: con lo cual, que es aplicable á todos, se habrá remediado el mal, ahorrando al buen sentido la repugnancia de que un hombre se nos presente con la ridícula manía de que él, que es de carne y hueso como otro cualquiera, es el entendimiento, la lascivia ó la nada. Mas, hay que observar, á pesar y en daño de todo lo dicho, pues como en repetidos lances de esas obras el vicio, lleno de ira, se ase de la greña á la virtud, la ignorancia cierra audaz con la sabiduría, la gentilidad contra el cristianismo, el demonio con el género humano, y el género humano con el demonio, y menudean los golpes y garrotazos hasta el punto de salir con



(Iglesia de Courgeon, en Francia.)

la nariz rota la *inocencia*, el viento con una pierna quebrada, mal trecho un *astro* y asendereada *Cataluña*, no podrán, según hemos inventado nosotros, su moderna representación llevarse á felice cabo estas bien combinadas y famosas refriegas. Y es la razón porque como nuestras tablas y geroglíficos no están dotados de natural movimiento, obvio es y clarísimo que no se moverán jamás, puesto que deben darse sendas calabazadas. En tan grave conflicto nos parece lo mejor, que cada cual de los cómicos coja del geroglífico ó tabla que tenga por delante, arrojándolo furiosamente á su interlocutor, y sobre esto morena. Y en el caso de que esto no sea bastante, porque deba ser prolongada la lucha, aun podrán asirse de los cabellos, escupirse, morderse y darse coces y bocados: todo sin el menor recelo de que quizá se causarán daño unos á otros, pues aunque ellos figuren ser personas sensibles, no lo son en verdad ni por asomo, sino ideas abstractas, inmateriales, intangibles, no perezaderas.

¡Pobres comediantes los que han luchado con tales inconvenientes! Y cuenta que por otra parte hay autos sacramentales de la robusta pluma de Calderon y del fecundo Lope que son otros tantos poemas que honrarán eternamente las letras españolas.

Acabemos: nuestro cómico de la legua toca á su fin sin que hayamos dicho nada de sus principios: esto es, que no somos amigos de las formas vulgares.

¿Y á qué imaginación, por escasa que sea, no le ocurre que el gran foco de los cómicos de la legua está muy principalmente en las barberías, crece y se nutre en las tabernas y en las casas de juego y en los amores procaces, vive entre riñas y trampantojos, y muere últimamente en el rincón de una ciudad de provincia, sacrificado al buen humor de una revuelta estudiantina, de media docena de subterfugios imberbes, y de dos ó tres desalmados *gachés* que les disputan sus *chais*?

Triste fin de este tipo que tiene algo de tradicional y algo de gitano, pues mantiene al teatro en su primitiva época, y tiene leyes tales y tal libertad en las costumbres, como jamás sociedad alguna pudo alcanzar en su seno sin desgarrarlo.

Coloquemos como hasta tres rosas sobre su tumba, que bien las merece esta extravagante y ridícula parodia de las comedias del mundo y de los comediantes, y no le arrebatemos, ya que tan escasa ha sido en vida su fortuna, este cándido, dulce y amoroso recuerdo que

le consagra un grande apasionado y amigo del celebrado Cide Hamete Benengeli, á quien es fama que casi pudo hurtar colgada la péñota sabido el caso melancólico de la muerte de nuestro héroe.

Epitafio de un cómico de la legua.

El sin descanso y sin bonanza alguna,
el ronco, el seco, el pálido, el enjuto,
que si oyó de Madrid un «oste puto»
fué en cambio claro sol del Carpio á Pruna:

Aquel que mojó el pan en la laguna
llevarlo á Calderón en un canuto,
Pelayo de mal pelo, Bruto en bruto,
César tramposo, Cresso sin fortuna.

El audaz que en la fama abrió ancha herida
de superbo poeta, grave entuerto
que el mas mínimo de ellos nunca olvida,
¡Triste suerte! aquí yace.—Y es lo cierto,

que sino fué gran cómico en su vida,
asombra la verdad con que hace el muerto.

GABRIEL ESTRELLA.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO VI.

La dama incógnita.

Al siguiente día, cuando el sol no había llegado aun á la mitad del cielo, se presentó en la antecámara de Luisa Sigea una dama cubierta con un manto. Era de mediana estatura, delgada, airoso, y dejaba asomar bajo el traje negro, la tercera parte de un pie que no parecía de portuguesa (aunque lo era), sino de española, y del mediodía de España, á juzgar por sus cortas dimensiones. Esta dama lloraba mientras decía al lacayo que anunciase su visita á la maestra de latin de su alteza, y cuando el lacayo la preguntó á quién anunciaria, se quedó silenciosa y luego respondió vivamente:

—A una dama incógnita.

Luisa estaba escribiendo una carta á Juan Monceio, familiar del santo oficio, en que le rogaba que olvidando su antigua enemistad, se dignase venir á verla, porque tenía que hablarle. Disgustóle la interrupción, pero no obstante recibió á la dama.

Entró esta y empezó sin descubrirse á pedir disculpas con una voz ahogada por el llanto.

—Señora, dijo Luisa conmovida; sentaos y reponeos de vuestra agitación. Creo que sufrís mucho y me causa rubor el que aun sufriendo tanto no os creais dispensada conmigo de toda ceremonia.

—Gracias, replicó la dama... sois tan buena como yo había presumido, y esto me consuela desde luego. Vos lo podeis todo. Vos tenéis con la infanta, con la reina, con el rey un gran favor. Vos conseguireis su libertad...

—¿La libertad de quién, señora?

—El lo hirió, prosiguió la incógnita trastornada, porque creyó que estaba apostado para sorprenderle...

—¿De quién hablais?...?

—Pero le advirtió que se defendiera... ha sido un duelo... un duelo, señora, como los tiene todos los días, sin que por eso se le envíe á la prisión... ¡Ah, ojalá hubiera ya partido, aunque yo no volviese á verle jamás!

—Pero señora, ¿quién ha sido apasionado? ¿quién ha tenido un duelo?... ¿quién ha de partir?...?

—¿Creeis, continuó la dama todavía mas exaltada, que él había de asesinar á un caballero? El, espejo del honor; él, que para vencer á todos los hombres uno por uno, no necesita de ventaja, porque con armas iguales al primer choque se rinden á sus pies, creéis!...

—Yo no creo nada, interrumpió Luisa impaciente, sino que estais delirando, señora; que habeis perdido la razon, y que no podemos entendernos.

A estas palabras se repuso la incógnita; apartó de su rostro el manto, y dijo con dignidad:

—¿Me conocéis?

—¿Luis de Camoens está preso! exclamó la Sigea al reconocerla.

—Y vos sola le podeis salvar.

—Estais en un error.

—No, señora; sé que si pedís al rey esta gracia os la concederá.

—Yo, hermosa Catalina, no he pedido nunca gracias al rey.

—Por eso no os puede negar la primera que le pidais.

—Es que ignoro si debo pedirle la primera.

—Señora, dijo Catalina; me respondeis así porque no habeis comprendido todo el valor del beneficio que vais á hacer; porque no os he contado mis desdichas... Oidme, señora, oidme y tened lástima de mí. Vos no sabeis sino que amo; pero no sabeis de qué modo amo, y esto os ha de enternecer...

La primera vez que vi á Luis de Camoens...

—No os molesteis, la interrumpió sonriéndose la Sigea; todo lo sé porque todo lo adivino. Sé que le amais hace muchos años como una verdadera heroína. Sé que el conde ha combatido esa pasión. Sé que habeis desdenado ser duquesa por no ser infiel á estos amores...

—Sí, pero no es eso todo; es, señora, que ya no temo á mis deudos ni á la fama desde que está prisionero; es que voy á arrojarle á los pies del rey con escándalo de la corte; es que voy á perderme sin que logre salvarlo, y es que despues de todo voy á traspasarle el corazón!...

Detúvose Catalina espantada de lo mismo que acababa de decir, y bajó los ojos confusa al ver la mirada severa de Luisa.

—Doncella; la dijo con firmeza; habeis dicho demasiado, y es una fortuna para vos que sola yo os haya oído. Una dama ilustre no puede dar escándalo, y vos no le dareis. Las gradas del trono ha de subir las una dama honrada, para pedir gracia por su hermano, por su padre, por su marido; pero no por su amado... aunque ese amado sea un grande ingenio, aunque sea Luis de Camoens...

—¡Dios mío! exclamó Catalina, desesperada y prorumpiendo en sollozos. ¡Vos tambien me rechazais! ¡Ah señora, vos no habeis amado; vos no sabeis como se puede olvidar el mundo entero por salvar la vida de aquel por quien vivimos! ¡Qué me importa el trono mismo cuando él está prisionero, cargado de cadenas... ¡Oh cadenas en aquella mano donde la pluma tomaba el alto vuelo que ha remontado su nombre! ¡Cadenas en aquella mano donde su acero vibraba los rayos que le han hecho temible...!

—Si jóven, vuestra pena es justa; yo siento á la par de vos este desgraciado suceso. Amo á Luis de Camoens como la hermana á su hermano... explicadme cómo ha sucedido eso.

—El había ido á despedirse de mí... al jardín, señora... el conde nos sorprendió... él volvió á saltar la verja... y vió á otro que la saltaba al mismo tiempo... creyó que lo perseguían, ó que era un villano oculto en el jardín con algun fin siniestro, le obligó á que se defendiese, riñeron, y él como siempre venció. Ya veis señora que él hizo bien, porque era servir al rey defender el jardín del palacio...

Sonriose Luisa, y Catalina se animó á continuar.

—Espionando al rey los hechos de este modo, señora, como S. M. es tan bueno, tan justo revocará la orden y le dejará partir para la India. Ya veis que no es el egoismo el que me mueve á pedir por él, porque voy á perderle para siempre, para siempre señora, voy á ser muy desgraciada, y solo quiero que él sea libre y feliz... ¡Ah respondedme! ¿lo conseguireis?

—No, jóven, es imposible.

A esta última negativa, Catalina se quedó tan desalentada que estuvo muda por algunos instantes.

—¡Ay! dijo luego con amargura, sois una dama bien cruel. Yo, si vos con lágrimas me hubierais pedido la gracia que os pido, yo tambien con lágrimas se la hubiera pedido al rey; pero vos señora que habeis estudiado en los libros todos los idiomas, no entendeis el del amor. Vos sois una mujer sabia; pero no una mujer amante; y no podeis comprenderme; porque el estudio ha secado vuestras entrañas.

Dicho esto, se levantó Catalina, y Luisa la siguió sin responder palabra. Al llegar á la puerta, volvió la cabeza la amada de Camoens para lanzar una mirada de postrera súplica á la doctora; pero esta la recibió impávida, y Catalina marchó sin un rayo de consuelo. Pero no bien había salido, cuando Luisa llamó á su camarera y la pidió el manto.

Diez minutos despues estaba en el gabinete de la reina, á quien hemos dicho que llamaba *zagaleja* D. Francisco Saa de Miranda, con aplauso de todos los sabios del reino. No obstante nada había mas diferente de una zagala que la nieta de Isabel la Católica. Hermosa, pero de una hermosura grave y digna, recordaba á la vez la fisonomía severa de la noble matrona castellana, y los rasgos altivos del emperador Maximiliano I. Verdad es que en este rostro soberbio, brillaba una ráfaga de suave luz, que unas veces parecia producida por las miradas, y otras veces por la sonrisa. Porque aunque juzguen atrevida la idea, no dudamos en asegurar que la sonrisa de aquella hermosa reina tenia algo de luminosa. Pero no inspiraba en fin por sus rasgos, por su carácter, y por su edad, que avanzaba al medio siglo, sino admiración y respeto á todos los portugueses menos al buen poeta clásico D. Francisco, autor de la *Egloga de Namoroso*.

—¿Qué quierdes hija mia? preguntó S. M. á la Sigea dándole á besar su mano.

—Necesito ver al rey, señora, para pedirle una gracia.
 —¿Tú pedirle una gracia? ¿Y por qué hija mía ha de ser D. Juan el preferido? ¿por qué no me pides á mi alguna?
 —Señora, porque V. M. sin pedírselas me las concede todos los días. En este momento, señora, está derramando gracias la preciosa boca de V. M.
 —¡Oh que adúladora! exclamó la reina apartando su mano de entre las manos de Luisa. Estoy por intrigar con el rey para que no te conceda la gracia que vas á solicitar.
 —En este caso, señora, sería mártir por haber confesado la verdad, y no me arrepentiría.
 —En fin, te perdono, prosiguió la reina, porque eres una poetisa y los poetas estais obligados á mentir siempre. Verás al rey hoy mismo.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

LOS AMORES DE LA MADRESELVA Y EL ALHELI.

Permitidme, hermana mía, que os refiera una historia, pero de las que son de vuestro agrado, ni muy larga ni muy seria; una historia tal como la podeis desear para no mirar tanto á vuestros vecinos durante un entreacto, y cobrar paciencia en vuestro baño. Trataré de no fastidiaros demasiado, y estad segura de que no nos comprenderemos, no obstante vuestra hermosura y mis puntas de poeta.

Mi historia es una historia de amor. Entre enamorados que se hablan, ¿de qué otra cosa se ha de tratar sino mucho de lo presente, algo de lo futuro, y un poco tambien, aunque con precaucion, de lo pasado? Perdonadme si esta historia sale del orden regular y os hace remontar demasiado atrás quizá en recuerdos que es una torpeza en mi el evocar.

Madreselva será, si os parece bien, un hermoso jóven, leal y altivo, dulce y lleno de osadía, como era sin duda vuestro primer amante. En cuanto á Alheli, básteos saber que era una de esas pobres flores nacidas en mal hora en la cima de una pared, y muy dichosas, las hijas del acaso, en vivir allí al aire libre hasta que á algun mal aconsejado jardinero le ocurra la idea de trasplantarlas á otra parte, á algun parterre simétrico, tan bien alineado como fastidioso, en medio de los lirios, que las asedian, de los girasoles, que las desprecian, y de los narcisos, que no hacen alto en ellas. Se ha abusado tanto de la invencion del arquitecto Mausart: que creo haberos explicado suficientemente lo que era Alheli.

Planteado de este modo la alegoria, no puedo empezar mi historia sin bosquejaros antes dos retratos.

Madreselva no era, como pudiera hacerlo creer su título, ningun hermoso príncipe, metamorfoseado por las encantadoras, y obligado por las mismas á exhalar en flores y suspiros hasta que, terminado el tiempo de la prueba, le devolviese algun poder bienhechor, con su forma primitiva, un hermoso reino, una linda amante, numerosa comitiva de carruages, y su correspondiente falange de cortesanos. Pero, aunque no fuese tan esclarecido su origen, no por eso eran menos verdes sus hojas, ni menos olorosas sus flores, y se notaba en él cierto aire gracioso, y un arte tal de buscar apoyo, é insinuar en todas partes, que seducía desde luego y prestaba encanto hasta á sus menores movimientos. Alheli no era, como hemos dicho, mas que la pobre Alheli. Educados Madreselva y Alheli en un mismo jardín, rozagantes los dos y un tanto silvestres, no tenían mas que un mismo consejero: el instinto; ni mas que una misma savia: la que da la primavera á todas las plantas, y así era que en nada se diferenciaban sus pensamientos, ni su lenguaje. Verdad es que mediaba siempre entre ellos la distancia que separa á una hermosa Madreselva que crece en tierra, de un pobre Alheli nacido en una pared; pero el amor, ese dios de los imposibles, tiene maravillosos secretos para poner á un mismo nivel los pisos bajos y los terrados, y aproximar las almas y las plantas, á pesar de las mas elevadas murallas.

Ahora bien, nuestro hermoso Alheli crecía alegre sobre la pared, sin que nadie pensase en él. ¡Habría sido preciso subir tan alto para cogerlo! Por su parte, la flor vivía tan tranquila y placentera en el pequeño espacio que se había formado entre el musgo en la juntura de algunos ladrillos, y al paso que suspiraba un ambiente purísimo, vela de tan lejos á las hermosas flores del jardín, que nunca le ocurrió siquiera comparar su mérito con el de aquellas; ni tuvo la ambicion de ocupar un puesto entre las mismas. Un poco de rocío, una gota de agua le bastaba por todo un día; y en el resplandor del sol sobre las piedras y el agradable murmullo que la rodeaba, no parecía sino que

se mecía siempre en una atmósfera formada espresamente para ella de luz y armonía. Nada alteraba para ella la tranquilidad de la noche ni la alegría del día, porque no deseando nada, creía poseerlo todo, y su felicidad se afirmaba mas aun por la ignorancia en que de ella estaba.

Madreselva entretanto iba creciendo al pie de la pared, pero algo mas en la sombra, como ambiciosa que era, buscando por todas partes un nuevo punto á que agarrarse para subir mas cada día, azotada siempre por el viento. Una mañana en que sus largos brazos caian con desaliento por efecto de los esfuerzos inútiles que había hecho para encaramarse mas arriba, divisó á algunos pies de altura á nuestro pobre Alheli. Madreselva estaba tan triste y se creía tan sola y desgraciada á lo largo de aquella pared, en que no encontraba mas que clavos enmohecidos, que la vista de la florecilla, tan altiva y coqueta, le hizo caer en ese enternecimiento melancólico que los egoístas toman por sensibilidad, y que no es otra cosa que una debilidad inspirada por la ociosidad y el aislamiento. —¡Ay, decía para sí; séame permitido llegar á su lado, respirar su mismo ambiente, y no maldeciré la ley que me encadena al suelo ni ambicionaré la altura del árbol!

Así hablaba en Madreselva ese sentimiento dulce y tierno que los hombres hacemos nacer del corazón, y que la flor, poco filosófica naturalmente, no se cuidaba mucho en analizar.

La vanidad le hablaba por lo bajo otro lenguaje: —«Hermosa Madreselva, le decía; tú, cuyos deseos eran tan vastos y tan elevados tus ambiciones, sube mas y mas. La cima de la pared no será para tí mas que un descanso: llegar al objeto al que cada minuto te vas aproximando, no es mas que un juego para tus músculos flexibles. ¿Qué son tres pies para una Madreselva?»

Cabalmente el lindo Alheli se hallaba un tanto inclinado, y con sus ademanes provocativos parecía sonreírle desde lo alto de la pared. No era, sin embargo, tan fácil responder dignamente á la provocacion de la coqueta flor, porque esta se hallaba protegida por unos ladrillos salientes, y cuando se retiraba tras de ellos con significativos meneos de cabeza, la pobre Madreselva se deshacía en esfuerzos inútiles para elevarse un poco y hallar fijos en ella los ojos de oro que la atraían. Muchas veces se lamentaba por largo tiempo sin ver á Alheli, pero sus quejas se las llevaba el viento. Alheli no escuchaba todavía mas que los conciertos de moscas y moscones, y los madrigales de las mariposas que venían á besar sus párpados. Sin embargo, Madreselva iba ganando cada día algunas pulgadas de camino, y aunque Alheli lo notaba, no se asustó por eso. Una buena conciencia, y la alegría, son los lazos peores de todos porque están en nosotros mismos: Dios es quien los tiende y el diablo quien los ceba.

Todas las mañanas, cuando Alheli se despertaba, podía ver á su vecina, que levantaba ya hacia él sus hojas fatigadas. Había tan hermosas lágrimas en las flores de la pobre Madreselva, y el primer rayo que venía á hacerle sonreír parecía secarla tan simpáticamente, que no podía menos de tenerle compasion y sonreírle lo mismo que al sol.

Pocos amantes, hermosa mía, logran su objeto por medio de las lágrimas. Bien sabe Dios que no fué así como me hice yo compadecer de vos; pero como acabo de deciros, Alheli tenía la sencillez de los corazones honrados. Una flor mas diestra no se habría dejado coger quizá mas que en las espresiones estudiadas y en los aromas engañosos. La inocente hizo peor todavía, que fué dejarse seducir por las apariencias sinceras de una pasion que se menta á sí misma.

Nada tenía, sin embargo, Madreselva de la frialdad y falsedad de los cortesanos, pues se engañaba á sí misma con la mejor fe del mundo, y con la serenidad de conciencia mas inalterable. Es preciso no entender nada del corazón humano para ignorar lo que hay de tenaz y perseverante en un amor de invencion.

Madreselva continuaba subiendo, y llegaba el momento en que iba á tocar en lo alto de la pared. Desde que tenía delante de sí un objeto, un deseo bien reconocido, que ponía en juego todas sus fuerzas, su tristeza desaparecía, y hermosos y variados matices reemplazaban poco á poco el tinte uniforme y sombrío de su ramaje. Ahora se mezclaba en él un poco de vanidad al instinto candoroso que le impulsaba. Era de ver el arte con que se volvía al sol para dar á sus flores el aspecto mas favorable y la disposicion mas seductora; pero esos pequeños cuidados que ni aun una hermosa Madreselva debe descuidar jamás, no eran nada en comparacion de los grandes saludos que hacía, de los besos mas osados cada día que el viento se encargaba de transmitir, y de los mensajes amorosos que las mariposas venían á buscar en sus flores para depositarlos en seguida en las de Alheli. Entre ambos vecinos se había establecido cierta especie de intimidad tácita y un cambio discreto de perfumes. Las almas tienen tambien, como las flores, un polvo sutil que se lleva el viento, y del que se sirve el amor para fecundarlas entre sí á largas distancias; pero ¡cuánto mas fácilmente se efectúa el cambio simpático entre dos corazones que se tocan de cerca! Las transacciones amorosas se hacen sobre todo mano á mano.

Las ramas de las dos plantas amigas se habían tocado ya mil veces, y el pobre Alheli principiaba á asustarse algun tanto. ¡Era tan pequeño y tan débil, y su vecino parecia ya tan grande y tan orgulloso hacia todo cuanto le rodeaba, tan osado y tan voluble en todas sus actitudes! Pero por mas que Alheli retrocedia cuanto podia, y como sobrecogido por el pudor cada vez que el viento parecia favorecer los osados esfuerzos de Madreselva, esta no le daba un momento de descanso. El ataque y la defensa no eran ya mas que una maniobra entre ambos: esa antigua maniobra que se aprende tan pronto, aun entre una Madreselva y un Alheli, sobre la cima de una pared. Nuestros dos enamorados se hacian los esquivos como nosotros en otro tiempo: ¿os acordais?

Un dia, y nadie puede decir el momento preciso, porque estas peripecias se hacen regularmente en secreto, las ramas de Madreselva se hallaron entrelazadas á las de Alheli, y por mucho tiempo no se separaron.

Alheli se sorprendió de hallarse tan orgulloso como antes y no menos bello á la sombra de Madreselva que podia estarlo el dia antes en todo el esplendor de su sol y de su libertad. No le parecia haber cambiado nada de lo que constituia su alegría y su orgullo. No habia mas variacion que la de tener un apoyo mas, y sentir menos los esfuerzos de los vientos lluviosos. Todavía se sentia feliz, mas feliz que nunca, y así se lo repetia á sí mismo con esa satisfaccion particular de los corazones que encuentran en la energia de su pasion con que sofocar las quejas y los pesares; pero semejante confesion, por dulce que sea el dia en que se hace por primera vez, es de funesto agüero para el dia siguiente.

Por algun tiempo sus ramas continuaron entrelazadas. La union de las plantas enamoradas pareció estrecharse mas y mas; un mismo soplo las inclinaba á la vez; el mismo rayo de sol las despertaba á una misma hora; sus diversos aromas confundidos uno en otro, no formaban mas que uno solo; sus murmullos eran unos mismos, y unas mismas canciones zumbaban alrededor de ambas. La vanidosa Madreselva se contoneaba con orgullo, y el confiado Alheli se inclinaba hacia su amante, considerándolo como un apoyo que jamás debiese faltar.

Madreselva, sin embargo, le dominaba cada vez mas; pronto sus ramas se escaparon á derecha é izquierda, y su cabeza, que sobresalía mucho á la de Alheli, se desdén de inclinarse hacia esta. La pobre florecilla, muy débil en adelante para sostenerse por sí sola, se habia abandonado y sometido de tal suerte á su amado y presuntuoso señor, que no pudo encontrar fuerzas para separarse de él y soportar la soledad. Resignose, pues, á sufrir, y cada uno de los caprichos y movimientos desordenados de Madreselva le martirizaban atrozmente.

En vano la pobre flor, miesta y casi tronchada, volvía sus nœres marchitas hacia Madreselva; Madreselva no le miraba. Cada nueva borrasca dispersaba á todos lados las ojas marchitas antes de tiempo de su compañera. El viento, esa imágen de la suerte, que no habia sido en mucho tiempo para la pobre mas que el soplo de un abanico mientras podia contener en sus ramas las de Madreselva, no eran ya mas que tempestad desde que esta se extendía hacia todos lados en todo el vigor de su savia y la independencia de su naturaleza.

Habia adquirido ya algo de esa madurez que prestan los cuidados, los placeres y los pesares de amor. Llegaba entonces al apogeo de su belleza ostentando, no esa primera frescura algo verde, esa belleza del diablo que ciertas flores tienen tambien, sino un conjunto armonioso de colores sanos, y quizás algo ajados ya. La pobre planta tenia ó iba á tener el número justo de dias que necesitan las flores para ser aspiradas con mayor placer.

La feliz Madreselva, fastidiada de una dicha que no comprendia, habia dejado de pensar en Alheli, y se esforzaba entonces por asirse á las primeras ramas de una acacia que colgaban encima de la pared.

No prolongaré demasiado la narracion de los tormentos del pobre Alheli. Entrelazado con desesperacion á los brazos que le sacudian, cada minuto rompía una de sus raíces y la desprendía de la pared. La pobre flor perdía la vida por no perder á su amante. Levantose, por último, un viento fuerte. Madreselva alcanzó á la rama de acacia, y se asió á ella. Alheli cayó al pié de la pared.

¿Cuánto tiempo permaneció allí espuesto á la indiferencia brutal de los transeúntes? Lo ignoro. Lo que me han referido, sin embargo, es que logró salvar del peligro sus frescos colores; y si teneis empeño en saber el fin de la historia, os diré que un dia sus ojos de oro, que brillaban siempre sobre la tierra, á pesar del velo de polvo que la cubria, fueron notados como debian serlo. Bajáronse á cojerlo, guardáronlo con cuidado, y lo pusieron en un hermoso tiesto, en donde el agua, que por tanto tiempo faltaba á su sed, le devolvió una nueva savia. Hoy forma el adorno de un hermoso salon, y tiene hermosos espejos para mirarse y magníficas colgaduras para abrigarse contra las tempestades. Todavía tiene belleza, y la conservará por mucho tiempo aun; pero me han dicho que le acomete la melancolia, y echa de menos el tiempo en que vivía con una gota de rocío: no por el ro-

cío, sino por el tiempo que no vuelve mas, temiendo mas que nada los estragos del tiempo que hasta ahora le han respetado.

Ahora, hermosa mia, permitidme que me felicite de mi historia, porque si Alheli no hubiese caído de lo alto de su pared, bien podríamos apostar á que ni vos ni yo estaríamos aquí, lo cual sería ciertamente una desgracia.

A Napoleone.

SONETTO.

Cesare, come te, l'amata pace
dette alla terra che di sangue tinse;
Cesare, come te, vincendo stinse
quella che fomento guerriera face.

Cesare, come te, nell'armi audace
questi al trono innalzó, quegli respinse;
Cesare, come te, doppo che vinse
stesse al primo poter la man rapace.

Cesare, come te, pieno d'allori,
idolo general riconosciuto
detto leggi del mondo ai vincitori;

Cesare, al fin, del general tributo
ottenne, come te, soprani onori;
non manca a'farti Cesare che un Brutto.

A Napoleon.

SONETTO.

Cesar, igual á tí, la paz amada
volvió al orbe que en sangre enrojecia;
Cesar la hoguera que por él ardía
venciendo como tú, dejó apagada.

Cesar, igual á tí, con férrea espada
á uno al trono ensalzaba, á otro abatía;
Cesar, cual tú, cuando vencido habia,
tendió al alto poder la garra osada.

Cesar, laureadas como tú las sienes,
dando leyes del mundo á los tiranos,
de idolo universal gozó el tributo;

Cesar, al fin, y como tú los tienes,
alcanzó los honores soberanos;
para igualarte á Cesar falta un Bruto.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.